

UN NUEVO APORTE AL ESTUDIO DE LA LITERATURA COSTARRICENSE

Sonia Marta Mora*
Manuel Picado**

“Tout mot de son propre contexte provient d'un
autre contexte, déjà marqué par l'interprétation d'autrui”.
Bakhtine, *La poétique de Dostoievski*

I

Recientemente la Editorial Universidad de Costa Rica dio a conocer el libro *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910)*, el cual le ha valido a su autor, nuestro colega Alvaro Quesada, dos distinciones significativas: “Premio Ancora” y “Premio Nacional de Ensayo”.

Por nuestra parte, como estudiosos de la literatura, queremos responder aquí al trabajo realizado haciendo una presentación del texto y proponiendo algunas líneas de discusión que hagan eco a su esfuerzo analítico. Nos llama la atención que el libro esté constitutivamente

* Costarricense, Licenciada en Filología Española y egresada del Programa de Maestría en Literatura Hispanoamericana, Universidad de Costa Rica. Estudios de doctorado en la Universidad Paul Valery, Montpellier, Francia. Autora de varios ensayos de crítica literaria.

** Costarricense, Licenciado en Filología de la Universidad de Costa Rica, con estudios literarios en Francia, España, Estados Unidos y México. Catedrático de la Facultad de Letras de la Universidad de Costa Rica. Autor de artículos y libros sobre temas literarios entre los que destacan: *Literatura, Ideología, Crítica*. Premio Ancora, 1984 y autor de *“El envés de la Red”* (Premio Nacional), 1985.

ligado a la cátedra y a la investigación universitarias. En el agotamiento que a veces parecieran mostrar los discursos académicos sobre la literatura, la publicación de ese texto no deja de ser estimulante e incluso alentadora. Dada la escasez en nuestro medio de referencias que permitan una discusión de fondo sobre la literatura costarricense y sus modos de abordaje, no podemos menos que saludar con entusiasmo la aparición del libro de Quesada, quien —suponemos— más allá del halago de los reconocimientos, espera también una respuesta, un principio de diálogo.

Mostrando una sólida erudición y una acuciosidad y penetración crítica encomiables, Quesada se propone indagar en la génesis de la narrativa costarricense y diseña un texto bastante amplio articulado por tres partes: un preámbulo *metodológico*, una introducción histórico-social y un conjunto de cinco capítulos donde se examina la literatura del período escogido y que, por lo tanto, constituye el cuerpo del libro.

Sin perjuicio de otros méritos que señalaremos más adelante, nos parece necesario destacar desde ya la preocupación del autor por afinar perfiles y categorías que en otros textos resultaban insatisfactorios. Quesada reúne material disperso, precisa líneas temáticas y se preocupa por explicitar los conceptos de análisis que fundan sus juicios explicativos, así como los valorativos.

El libro es generoso en problemas pendientes y en el señalamiento de nuevos caminos de investigación. Brinda así elementos muy considerables para la relectura de textos ampliamente saturados de representaciones acríticas y eso le permite vislumbrar mitos y componentes que apuntan hacia el gran campo de estudio de la historia de las mentalidades y los sistemas imaginarios en Costa Rica. De muchas maneras señala una tarea urgente en nuestro medio, cual es la de elaborar la historia del pensamiento literario nacional.

Por otra parte, y sin ánimo de restar calidad a la investigación, creemos oportuno señalar dos carencias. La primera se refiere a la ausencia de conclusiones. Aunque cada una de las unidades tiene su propio momento de síntesis, realmente echamos de menos un momento final de balance, de confrontación entre lo propuesto y lo logrado. Igualmente, pensamos que para sucesivas ediciones sería aconsejable la inclusión de un índice temático y de autores que facilite el uso de un libro de su tipo.

Una vez hecha la somera presentación anterior y para efectos de proponer nuestra reseña crítica, resulta necesario sentar previamente los criterios que nos han guiado en el examen de *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910)*.

En primer término, partimos de que todo texto viene a ocupar un lugar dentro de una cierta problemática y es por eso que se hace

indispensable reseñar el libro de Quesada sobre el fondo de los estudios literarios costarricenses. Este es el marco a cuya luz necesariamente deben señalarse los alcances, los logros y las limitaciones.

En segundo término, puesto que todo texto solo es posible como lectura/reescritura de otros, es imperativo establecer las líneas que, procediendo de otros discursos, convergen para producir el libro de Quesada.

Con estos dos criterios perseguimos que nuestro análisis sea una confrontación y una desconstrucción; vale decir, una "lectura desde dentro". Antes que ceder al discurso taxativo, preferimos, de nuestra parte, proponer un posible trayecto de lectura. De otro modo, puesto que no compartimos en su totalidad los conceptos que fundan el texto de Quesada, correríamos el riesgo de simplemente emitir un juicio valorativo superponiendo a sus categorías las nuestras o midiendo evaluativamente lo que nos acerca o separa de ellas.

Hemos leído el libro sin la posesión previa de la verdad y la razón y creyendo, más bien, que estas a lo mejor puedan despuntar al término de un diálogo. Es por eso también que aquí suscriben dos que no piensan lo mismo y reivindican así la necesidad de la divergencia.

Ateniéndonos a los criterios explicitados, nuestra lectura se desarrollará en dos tiempos. En el primero se propone un esbozo del panorama sobre el cual nos parece válido examinar el texto de Quesada. En el segundo, se exploran algunas líneas intertextuales pertinentes para nuestro objetivo, cual es invitar a la discusión sobre este nuevo aporte al estudio de las letras costarricenses.

II

Quienes en los años 60-70 fuimos estudiantes formales de literatura conocimos un panorama bastante insatisfactorio, el cual, por lo demás, estaba muy en consonancia con el estado general que exhibía la disciplina en el ámbito académico internacional.

Casi reducidos al fetichismo erudito de la Filología, los problemas literarios —cuando los había— se planteaban y resolvían en el marco paralizante que bien puede calificarse de empirista e idealista. Lo primero en el terreno epistemológico; lo segundo, en el de los valores.

En consecuencia, el estudio de la literatura tomaba dos caminos obligatorios y casi indiscernibles uno de otro: la historia literaria positivista y la especulación estetizante de un humanismo agotado que se presentaba como crítica literaria.

Los discursos pedagógicos no dejaban lugar a la reflexión teórica, y las prácticas meramente ideológicas casi confiscaban todo empeño por producir otro saber. La institución universitaria no podía así elaborar un discurso diferenciado sobre los textos literarios y la cátedra tendía a

confundirse con la página periodística de las novedades literarias o el juicio antojadizo del Autor que hablaba desde un sitio previamente sacralizado.

Del hispanismo había llegado una cierta tradición estilística: un Saussure leído por Dámaso Alonso a la fuerte luz de la estética de Croce y con marcados acentos de Husserl. Se trataba de teorías literarias que llevaban a su extremo, al tiempo que lo ocultaban, el dilema en que nació, en el siglo XVIII, la noción moderna de la literatura. ¿Cómo articular, sin volver a la reducción platónica, lo bello y lo verdadero? ¿Cómo armonizar el conocimiento y la sensibilidad, el afán epistemológico y la fruición estética? Planteada casi en el horizonte de una revelación mística, la literatura se imponía y, al mismo tiempo, se sustraía al conocimiento. En virtud de la sublimación estetizante, el empeño teórico se transparentaba al máximo y queda reducido a una suerte de racionalización, más o menos novedosa, más o menos consecuente, de unos efectos estéticos sobre cuyas condiciones de posibilidad nadie daba mayor razón. Se trataba, pues, de teorías vergonzantes o teorías resistentes a la teoría.

A nuestro juicio, esta es, *grosso modo*, la problemática dentro de la cual, a la altura de los 60, circulaba el conocimiento literario en nuestro país. Es esto lo que se ilustra en la *Historia de la literatura costarricense* de Abelardo Bonilla, cuyos contenidos y esquemas se repetirán sin el brillo del maestro, en numerosos textos anteriores y posteriores.

La necesidad de una renovación coincidió con la llegada al país de la problemática estructuralista y, con ella, de la tradición formalista. Con el estructuralismo también llegó Goldman y, gracias a él, Lukács y cierta tradición marxista.

En el entusiasmo inicial los modelos lingüísticos, las preocupaciones sociales y otros factores dejaron sin lugar a la historia literaria positivista. Los nuevos lenguajes teóricos desplazaron términos y reubicaron objetos. Se generaliza en la década del 70 la preocupación metodológica, preocupación que acepta también el imperativo de dar cuenta del fenómeno literario inmediato: la literatura costarricense.

El discurso universitario sobre la literatura se alojará ahora en la monografía y se distanciará del afán exhaustivo de la historia literaria positivista. Proliferan las tesis de grado en el furor de la ilusión tecnicista. Ha habido, pues, una renovación metodológica y aparentemente se descentran ópticas inamovibles.

La década del 70 es la década de la modernización metodológica en los estudios literarios costarricenses. Se viven momentos de entusiasmo: hay algo que aplicado a la literatura produce un saber. Cambiaron los métodos; sin embargo, los objetos —y los estudiosos por lo tanto— no necesariamente corrieron la misma suerte.

De aquí que a partir de los 80 se imponga un momento de balance, el cual, superando la preocupación exclusivamente metodológica de la década anterior, ofrezca un lugar a la reflexión epistemológica.

El hecho de abordar el libro de Quesada como práctica significativa nos conduce necesariamente a esclarecer los niveles de lectura que en él concurren y se integran. Esto permite evidenciar, respetándolas, la complejidad y la riqueza del texto en estudio.

Al efecto, nos parece válido discernir al menos cinco niveles. A nuestro modo de ver, el libro de Quesada se articula gracias a una operación que lo lleva a leer los siguientes discursos:

1. El metaliterario. Constituido por el corpus de la crítica y la historia literarias relativas al campo de estudio.
2. El literario "universal". Constituido por las literaturas extranjeras aludidas durante el análisis del texto costarricense.
3. El histórico. Constituido por los textos de carácter historiográfico relativos al momento considerado.
4. El literario costarricense. Constituido por los textos narrativos reconocidos como literatura y aparecidos entre 1890 y 1910.
5. El teórico-metodológico. Constituido por el conjunto de los presupuestos explícitos e implícitos que conforman el marco conceptual de referencia para la lectura del texto literario objeto de estudio.

Sin afán de exhaustividad, pasamos ahora a considerar algunos elementos que nos parecen significativos en cada uno de los planos de lectura antes mencionados. Siguiendo el orden propuesto, abordemos el metaliterario.

Como toda investigación formal, la de Quesada acude a los antecedentes denominados estado del asunto, y lo hace con particular detenimiento. Ahora bien, en el campo de los estudios literarios, tales antecedentes lo que hacen es registrar las modalidades de lectura a que ha sido sometido un corpus. Del mismo modo, arrojan un índice de los efectos de sentido derivados, los cuales, obviamente, son relativos a ópticas determinadas y determinantes y, en último término, posibles en el marco de prácticas e instituciones que programan la lectura/escritura.

Al ser un registro de las lecturas ya hechas, el estado del asunto en el campo literario cumple la función de punto de control para delimitar los alcances de toda nueva lectura. Es decir, permite establecer en qué

medida ella continúa o altera estilos de leer y los respectivos efectos de sentido asignados socialmente a los textos llamados literatura.

Al tratar las fuentes, por su parte, Quesada ofrece elementos valiosos para el conocimiento de la historia del pensamiento literario nacional. Coincide así el autor con la preocupación de otros investigadores del fenómeno literario en Costa Rica, quienes, en los últimos años, dirigen sus esfuerzos de indagación simultáneamente a los discursos literarios y metaliterarios. Esto se concreta hoy en una significativa y prometedora ampliación del campo de estudio de la disciplina.

Destaca en particular el penetrante análisis que de "la polémica" hace el libro de Quesada. Advierte las condiciones de posibilidad de los dos discursos mencionados, al vislumbrar que estos se concretan gracias a instituciones y prácticas específicas. En cierta forma, excede con esto la percepción de muchos analistas anteriores.

No obstante, esas líneas, que un enfoque histórico-social debió haberse planteado como medulares, son en buena parte relegadas en la lectura de textos concretos.

En relación con sus antecedentes, el analista muestra una actitud contemporizadora y, por lo tanto, insuficientemente crítica. Acepta opiniones anteriores casi como argumento de autoridad sin marcar la diferencia que su enfoque debería haber impuesto en relación con ellas. Aunque aspira a efectuar sus propias interpretaciones, Quesada a veces acepta inadvertidamente el peso de antiguas lecturas sin cuestionar el marco en que se originan. En otros términos, la actitud crítica anunciada no es un gesto sostenido y su enfoque histórico-social admite con frecuencia la "opinión literaria".

Quizá lo anterior puede explicarse, en parte, por el hecho de que el analista no parece tomar en consideración la heterogeneidad de los discursos metaliterarios de referencia. Procesa, como si fueran de un mismo registro, historias literarias, artículos circunstanciales, monografías académicas, testimonios de diversa índole, etc.

En lo concerniente al discurso literario "universal", que no es nuestro afán desarrollar aquí, baste con señalar que, en algunos momentos de su análisis, Quesada integra la lectura de este otro corpus, lo cual enriquece su óptica y lo capacita para observar fenómenos antes dejados de lado. El conocimiento de la literatura rusa, en particular, y de textos españoles, franceses e hispanoamericanos da frutos interesantes a lo largo del estudio y merece por ello ser destacado.

Este gesto muestra una vez más la sólida formación del autor e introduce en la consideración de la literatura costarricense un principio de dialogismo muy acorde con la dinámica literaria, tal como se la plantean hoy corrientes de mucho peso en el ámbito teórico. Ahora bien, en esta labor de cotejo se deslizan algunos juicios de valor que atenúan el impulso advertido anteriormente y refuerzan princi-

pios de ideologías literarias esencialistas y universalizantes, obviamente ajenas a un enfoque histórico-social.

En concordancia con el enfoque propuesto, la investigación de Quesada aborda los discursos literarios a la luz de un corpus historiográfico. Con ello se suma a anteriores esfuerzos ya realizados en el sentido de esta preocupación y se inscribe dentro de una problemática que reúne hoy a numerosos analistas de la literatura costarricense.

En este contexto, el trabajo de Quesada representa un aporte indiscutible al enfrentar un corpus literario de amplias dimensiones y considerar un vasto número de investigaciones históricas como paso indispensable para el análisis textual. El espíritu globalizante, propio del historiador de la literatura, se había debilitado en nuestro medio en virtud del afán monográfico que predominó en los estudios de inspiración estructuralista, los cuales, en su momento, contribuyeron a la renovación metodológica ya señalada en el aparte segundo.

Ahora bien, es evidente que, al tratar el material histórico, Quesada realiza un proceso de interpretación y con ello da lugar a una cierta representación del período de su interés. En otras palabras, en su tratamiento del material histórico no hay solo un paso auxiliar para el conocimiento literario. Está en juego, quíéralo o no el autor, un punto de vista y una consecuente representación de nuestra historia.

Dadas nuestras limitaciones en ese campo, no nos parece conveniente pronunciarnos sobre la lectura que Quesada hace del texto histórico y sobre las representaciones que ahí se vehiculan y producen. Por el contrario, esperamos a que los conocedores del tema se pronuncien al respecto.

Por nuestra parte, nos parece útil destacar algo que el texto nos sugiere de diversas formas. Nos referimos al hecho de que si bien Quesada construye una imagen de la historia previamente al análisis del texto, en alguna forma esa imagen histórica parece tomar su marco básico del texto literario tal como lo lee el autor.

Conociendo la capacidad de esta producción simbólica para generar sentido, esto no resulta inesperado ni sorprendente. Así por ejemplo, en la "Introducción" el autor fundamenta múltiples de sus interpretaciones históricas en textos —reconocidos o no como literarios— de los escritores del período y posteriormente, al hacer el análisis literario, reencuentra muchas de las categorías históricas así postuladas en la primera parte. Adquiere pues sentido la advertencia del autor al indicar que la introducción histórica enfoca "desde nuestro punto de vista" los factores económicos, políticos, sociales e ideológicos del momento. Se tornan significativos, igualmente, los dos epígrafes que abren el aparato histórico: con el de Pascal, Quesada se muestra conciente de su labor de redistribución de un material histórico previo; con el de Argüello insinúa que su esfuerzo se fundamenta en documentos no ofi-

ciales: la literatura parece ser el texto imprevisto escogido por el autor.

¿Hasta qué punto su lectura de la historia no es también una lectura literaria? Por lo demás, ¿en qué medida la historia de una literatura no es también ella literatura?

La lectura que propone Quesada de los textos narrativos del período 1890-1910 está regida, desde el principio, por una preocupación clasificatoria que se concreta con nitidez en la hipótesis. Esto es coherente no solo con el objetivo declarado del autor de ubicarse en el campo de la historia literaria, sino que también se desprende con claridad del marco teórico asumido.

Las diversas actitudes que postula Quesada dentro de la corriente nacionalista se fundamentan en la existencia de puntos de vista diferenciados, legibles en el texto, sobre el hombre y la realidad, lo cual permite, según el autor, el surgimiento de variados discursos y sistemas literarios. Es así como la noción de "visión de mundo" adquiere un papel central en el análisis del texto y en la comprobación misma de la hipótesis. Cada autor estudiado se asocia con determinada visión del mundo y sus obras, según los propósitos declarados del estudioso, se analizan como la expresión de tal visión y de las actitudes y valores que le son correspondientes. El analista se detiene en la consideración del origen social de los escritores y de su filiación ideológica, lo que se constituye, paradójicamente, en uno de los méritos del trabajo en la medida en que organiza elementos antes dispersos y, a la vez, en fuente de una de sus limitaciones más severas, según se desarrollará más adelante.

Fiel a su base goldmanniana, Quesada funda su clasificación y su análisis en una abierta valoración estética orientada por dos criterios centrales: la coherencia y la criticidad. Más allá de la validez de estas categorías es importante destacar que en Quesada el trabajo intelectual se acompaña de una opción ética que no solo se evidencia en el escogimiento de un determinado sustento teórico, sino que se explicita en la investigación. Lamentablemente, esta toma de posición se traduce en ocasiones en una innecesaria actitud moralista de parte del autor, la cual lo lleva a exceder el nivel en que, de acuerdo con el fundamento teórico, la valoración es posible. Enjuicia así a autores, personajes y hasta situaciones del universo textual, aplicando de manera inmediata apreciaciones que no se desprenden claramente ni de la teoría ni de los textos.

Los análisis textuales se centran en la óptica y la actitud del narrador, en el desarrollo de la fábula, en los principales temas y en la imagen y la evolución de los personajes. Mucho menos importancia y desarrollo tiene, en cambio, el estudio de los aspectos que conciernen de modo más directo al material textual. Se pone de manifiesto, una vez más, la decisiva herencia goldmanniana y también sus limitaciones inherentes, en la medida en que el trabajo sobre los textos tiende a

ubicarse básicamente en el plano de la estructuración del contenido. Al evidenciar en los análisis concretos la presencia de una serie de elementos procedentes del marco teórico de que parte Quesada, se ponen de manifiesto, al mismo tiempo, algunas contradicciones importantes. En primer lugar, si bien el estudioso declara la relevancia de las nociones de visión de mundo y de grupo social como las dos entidades sucesivamente englobantes de carácter histórico, su análisis no logra separarse de la categoría de “autor” como origen del sentido, lo que atenta contra una de las nociones más revolucionarias de Goldmann: la de sujeto trasindividual. Esta propuesta goldmanniana, según lo ha reconocido la crítica posterior, representa un verdadero salto cualitativo en el campo de los estudios sociohistóricos de la cultura al romper con los valores del individuo y la propiedad, constitutivos de la ideología liberal burguesa, y con los supuestos correlativos de la lengua única en que se asienta la crítica tradicional.

Quesada no supera la identificación obra/autor y, por eso, le concede a este último, en tanto que individuo, una cierta prioridad explicativa. La intencionalidad del escritor y sus propósitos conscientes son determinantes dentro del análisis de Quesada y se convierten en la instancia inmediatamente englobante en relación con el texto. Esto supone no tomar en cuenta otro concepto clave de Goldmann, el de los efectos del no consciente y tiene, por ello, consecuencias decisivas en el estudio. Nos parece ser este el origen de la importancia explicativa que se le concede al autor como unidad de investigación, cuya actitud se analiza simultáneamente en textos reconocidos como literarios o no clasificados como tales. De ahí también la relación inmediata que se establece entre su pertenencia social o algunos datos biográficos y la visión de la realidad que su obra —literaria o de otro tipo— expresa. La postulación, por parte de Quesada, de un doble código “ideológico” e “histórico más amplio” no consigue neutralizar esta sobrevaloración del autor-individuo. La “interpretación histórica más amplia”, extrapolación del analista, no alcanza a borrar la función reductora de la noción de autor sobre el análisis textual propiamente dicho y el desplazamiento resultante de la categoría de visión de mundo.

Esta contradicción con el propio marco teórico es lo que explica algunas inconsecuencias metodológicas que, a la vez, refuerzan la incoherencia señalada. Particularmente significativa es aquí la identificación autor/narrador o la homología implícita en algunos análisis entre autor/pueblo y narrador/personajes. Se pierde así una distinción ya ganada desde los formalistas rusos, citados profusamente en la obra, y se bordea una peligrosa simplificación del complejo vínculo de literatura y sociedad. No por azar se desconoce en algunos momentos, en el análisis de Quesada, la especificidad del discurso literario, recuperada ya por Goldmann, lo que lleva al estudioso a cambiar de niveles

(del prólogo de un autor a su texto literario) o a atentar contra las leyes de verosimilitud textual. La imprecisión de algunas nociones claves son una manifestación más de un problema teórico profundo que el trabajo no logra solucionar del todo: así la visión del mundo es del narrador, de un autor, de la obra total de un autor, de un género, de una ideología. Esta imprecisión afecta también la categoría de sistema literario y, en menor grado, la de género y la de ambivalencia.

Particular relevancia adquiere, dentro de la lectura del corpus literario que propone el autor, su hipótesis acerca de la constitución del discurso literario en Costa Rica. La producción de los géneros vigentes en la época serían el resultado, según su tesis, del "injerto criollo de fenómenos marginales", "inferiores" o extraliterarios, dentro de la "literatura artística". Esta postulación nos resulta en extremo atractiva pues ubica el problema en el terreno propiamente discursivo, que es precisamente el que se descuida en otros momentos del libro.

En cuanto a la imagen que traza el autor de los diversos textos que analiza, llama la atención que en algunos casos no parece tomarse en cuenta el desarrollo posterior, en la literatura costarricense, de determinados problemas. Una mayor consideración de algunos elementos de ruptura y de continuidad, más allá de las líneas temáticas, hubiera llevado a Quesada a relativizar, o al menos a matizar, ciertos juicios con respecto a la narrativa del período estudiado, la cual no es sino una etapa dentro de un proceso más amplio.

Por otra parte, el privilegio que confiere Quesada a la noción de coherencia y a la búsqueda de esta en los textos para fundar una clasificación y una valoración estética, proviene del pensamiento de Goldmann; más estrictamente, de una de las insuficiencias de la investigación de este estudioso que él reconoció abiertamente. Si bien a nivel teórico Goldmann postula simultáneamente las categorías de coherencia y riqueza, sus trabajos descuidan esta última y con ello el carácter dialéctico y contradictorio de la producción textual que tan enfáticamente advierten hoy los enfoques materialistas de la literatura. La sobrevaloración de lo homogéneo conduce a un cierto desplazamiento de los lugares del texto en los que se halla transcrita una compleja contradictoriedad social. Limitado por este supuesto teórico, el estudioso se ve obligado, a su vez, a suponer que la coherencia de una visión de mundo organiza "coherentemente" un universo literario. Esta limitación no deja de actuar sobre el análisis de Quesada, lo que sintomáticamente se manifiesta, entre otras cosas, en el escaso desarrollo que merece en este sentido el aporte de M. Bakhtine. Por lo demás, en el estudio que se comenta, la mediatización que ejerce la categoría de "autor", al relativizar la de visión de mundo, ahonda las consecuencias reductoras que sobre la riqueza textual tiene el enfoque asumido.

El nivel de lectura es otro elemento central que proviene, en buena parte, de la teoría y de las carencias que a nivel metodológico manifiesta el estructuralismo genético en su desarrollo hasta Goldmann. Algunos estudiosos, como Jacques Leenhardt, que ha recogido de diversas maneras los aportes del pensamiento goldmanniano, han logrado ir llenando este vacío con el propósito de ir más allá del análisis de la estructuración del contenido y de captar más profundamente las innumerables capas de sentido del texto. Es así como se ha propuesto, entre otras cosas, el desplazamiento de la noción de narrador, al considerar que este es un producto más de la estructura que no debe privilegiarse en relación con otros elementos textuales. Al desmitificar la categoría se evita su fácil personalización, cuyas consecuencias profundas ya hemos observado. Igual pérdida de privilegios sufre el personaje, quien pasa a ser una función más de la estructura global. Autor y personajes son, también para Barthes, efectos textuales y no el origen del sentido.

Estos gestos recientes vuelven a centrar el interés sobre la textualidad, cuyo estudio ha retomado la sociocrítica de Montpellier con resultados imposibles de desconocer. En las investigaciones de Edmond Cros, al cuestionarse la validez del concepto de visión de mundo como estructura mediadora, se plantea la relación literatura/sociedad en términos más complejos, lo que lleva a una profundización del estudio de la textualidad. No se trata ya de buscar la expresión de un sentido preexistente, sino de descubrir los modos en que el texto, tras múltiples transformaciones, produce históricamente sentido.

El análisis reciente de textos literarios ha mostrado, pues, que es precisamente reencontrando su especificidad y su heterogeneidad que es posible descubrir los modos en que lo social se halla transcrito en lo textual y que, para poder comprender la compleja relación literatura/sociedad es necesario alejarse sin retorno de las recurrentes categorías de la crítica tradicional.

Con un gesto que ya es obligatorio dentro de los estudios literarios, Quesada inicia su estudio declarando el marco conceptual de referencia en que se mueve su trabajo. Es esto lo que se desarrolla en el preámbulo metodológico.

El modo de arranque nos parece un índice de madurez y conciencia crítica. Con él se muestra que todo análisis literario es una forma de leer textos relativa a coordenadas determinadas y determinantes. En principio, pues, Quesada se aparta de la idea ingenua de lectura como simple contacto directo con las "obras".

Este parece ser el origen de ciertos rasgos distintivos del trabajo de Quesada en relación con algunas historias de la literatura. Al asumir un marco teórico de referencia en forma explícita, el analista delimita, al mismo tiempo, tanto sus criterios de pertinencia como aquellos en

que se funda su estudio de los modos de transformación del discurso literario.

Por otra parte, nos resulta significativo que el preámbulo se inicie declarando que se renunciará a la exposición teórica y metodológica exhaustiva y que ella se realizará en el tratamiento de los fenómenos concretos. Si bien esto se justifica de varias maneras, en alguna forma puede leerse como una resistencia a la discusión y profundización en ese plano.

Aunque nos parece loable la idea de no recargar el preámbulo con discusiones que alejarían al lector no especialista, esta concesión hace que el texto incurra en una ligereza metodológica que nos evoca la actitud del clásico de la historia de la literatura costarricense. En las páginas iniciales de su libro, Abelardo Bonilla plantea, justamente, que "una preocupación metodológica exagerada puede ser un obstáculo en la libertad y amplitud del tratamiento del objeto literario".

Por lo demás, la discusión metodológica se retoma en el interior del texto de Quesada de un modo, a nuestro juicio, fugaz y por eso insatisfactorio. No se examina críticamente la noción clave de visión de mundo, no se problematiza la inserción de criterios formalistas en un marco teórico materialista y no se profundiza en el concepto de realismo.

Percibimos, además, en el preámbulo metodológico nociones de método y de teoría cuyos supuestos nos parecen hoy altamente discutibles. Ello, en nuestra opinión, puede hacer que el esfuerzo analítico de Quesada no logre rebasar, en algunos puntos, la problemática en que se ha ventilado el asunto literario en Costa Rica.

Tácitamente se plantea que el objeto concreto, la obra literaria en su caso, precede a la teoría. Esto, si bien es de sentido común y resulta admisible en un primer acercamiento, no puede ser válido en una discusión de fondo. Al aceptar el texto concreto como objeto de estudio, se asume un dato ideológico y no un objeto teóricamente delimitado. En la resistencia a la teoría se desliza entonces una suerte de candidez epistemológica que puede perpetuar el empirismo de los estudios tradicionales. Al efecto resulta oportuna la idea de Rastier cuando afirma que no se puede fundar una ciencia de la obra literaria puesto que solo podemos ver a la literatura dentro del sistema ideológico que ha clasificado nuestros discursos. Al aceptarse la obra literaria como objeto de estudio se racionaliza con apariencia científica una clasificación que no lo es.

De las afirmaciones del preámbulo también se deriva una noción reductora de la teoría. Ella es aplicación de esquemas abstractos a objetos concretos. Así, antes de ser el marco que posibilita y legitima una cierta lectura, la teoría es un aparato externo aplicable a objetos estables y constantes que previamente le han sido otorgados al estudioso

con criterios no teóricos. Este carácter exterior del objeto en relación con la teoría lleva a la curiosa idea de que los problemas de investigación se resuelven dentro de un marco teórico, pero se formulan y plantean fuera de él.

Aunque en el libro de Quesada se cita a Bakhtine, no se toma en cuenta su principio del dialogismo, el cual necesariamente desplaza la lectura literaria del esquema sujeto/objeto de las poéticas tradicionales, vale decir aristotélicas. El análisis literario, según Bakhtine, es una relación intertextual y no el acercamiento de un sujeto a un objeto empírico. El texto habla; el estudioso también. La lectura es una práctica significativa; no es una descripción de objetos, sino una producción de sentido relativa a los lugares de enunciación, lugares, por lo demás, derivados del proceso social y no de la voluntad individual.

Subyace en la noción de teoría otro presupuesto: hay un texto original y primigenio, "un clásico" que debe preservarse, que se mantiene por sus valores inherentes. Desde este ángulo el trabajo se acerca a la Filología tradicional, fundamentada en visiones idealistas del lenguaje y de la práctica literaria y ajena de suyo a las preocupaciones de un enfoque de interés histórico-social.

Además de considerar la lectura que realiza Quesada sobre un determinado corpus teórico es importante e ineludible ubicar esa teoría en el momento actual, a partir de los elementos con que contamos y a la luz del desarrollo posterior tanto de los seguidores del estructuralismo genético como de otras vertientes contemporáneas del análisis sociohistórico de la literatura.

Para terminar señalemos que los caminos recorridos por nuestra lectura tienen como origen la riqueza del trabajo de Alvaro Quesada, indiscutible aporte al estudio de las letras costarricenses. Afortunadamente son numerosas las inquietudes que suscita y que, sin lugar a dudas, seguirá provocando en el ámbito académico nacional.